



Lecturas para el eje Eje VI. Teoría de la acción y la organización política

Análisis de situaciones y relaciones de fuerzas, táctica, estrategia, plan estratégico y organización

Una guía que explica los elementos mínimos para hacer un análisis de un momento

<i>Guía metodológica para la lectura y análisis del contexto social</i>	2-3
--	-----

El texto base de la guía, haciendo énfasis en los elemento de organización y estrategia

Análisis de las situaciones. Relaciones de Fuerzas Antonio Gramsci	4-6
--	-----

Un estudio de la forma en que el análisis de situaciones pasa a plan y a la acción

Apuntes sobre estrategia y táctica Vania Bambirra	7-9
---	-----

Elementos más sintéticos sobre estrategia y táctica

Los conceptos de estrategia y táctica Martha Harnecker	10-11
--	-------

Reflexiones sobre la estrategia político militar de Mao Tse Tung

Estrategias y tácticas Mao Tse Tung	12-14
---	-------

Un documento que abunda sobre la relación entre momento, planeación y condiciones para actuar

Carta a Ludwig Kugelmann Engels	15
---	----

Un abordaje sobre la relación la organización revolucionaria en su sentido histórico

El partido político Gramsci	16-18
---------------------------------------	-------

Una reflexión sobre el problema de la organización desde el partido político

<i>El partido dirigente del proletariado</i> György Lukács	19-23
--	-------

Guía metodológica para la lectura y análisis del contexto social*

Contexto: Del latín *contexere*, tejer junto, entrelazar. Situación global donde se ubica un acontecimiento.

Contextuar: Modo en que son ensambladas las diferentes partes de un todo, de una estructura.

Análisis Histórico: Disección y reconstrucción de totalidades sociales. La sociedad es un sistema y a su vez, está formado por sistemas o estructuras. Cada hecho aparentemente aislado puede ser referido a una totalidad o sistema en movimiento. El análisis histórico es la base de la acción consciente o deliberada, el fundamento de toda planeación racional en el terreno educativo, político, económico y cultural.

Proceso Social: Movimiento y transformación de las estructuras o de la totalidad histórica.

La historia como actividad científica abarca: uno, el análisis de las estructuras o movimientos de larga duración; dos, el estudio de las coyunturas o de los acontecimientos y hechos que reproducen y modifican las estructuras.

El análisis coyuntural es un momento del análisis estructural, casi siempre referido a la realidad presente y ligado a la toma de decisiones, ya sean políticas o de otro orden. El análisis coyuntural aborda: uno, el estudio de los momentos críticos o álgidos de las estructuras o de la totalidad, donde la coyuntura aparece como bisagra o posibilidad de un cambio significativo de la estructura (reforma o revolución); dos, el diagnóstico rutinario de realidades sociales de cualquier tipo para optimizar la toma de decisiones y el uso de los recursos que nos da el momento.

Movimientos orgánicos y movimientos coyunturales.

En el análisis político se suelen distinguir dos tipos de procesos:

1.- Los que tienen que ver con transformaciones de estructuras, con crisis llamadas históricas que suelen abarcar hasta decenas de años, a éstos se les conoce como movimientos orgánicos.

2.- Los procesos llamados coyunturales, de corta duración, que son expresión de los movimientos orgánicos pero cuyo peso o importancia histórica es menor en la medida que no implican cambios radicales aunque pueden ser detonante de transformaciones estructurales.

Análisis de situaciones y correlaciones de fuerza.

1.- **El análisis de la base material:** geografía, población y clases sociales, recursos productivos, el Estado, grupos, partidos políticos, escuela, medios de comunicación, iglesia, normas jurídicas, cultura, lengua, familia.

2.- **Fuerzas internacionales:** Ubicación geopolítica, grados de dependencia económica, cultural y político-militar.

3.-Análisis Interno de fuerzas:

a) *Nivel corporativo o gremial.*- Tiene que ver con la estructuración de fuerzas sociales de tipo local o gremial que se mueven a partir de sus intereses puramente inmediatos, se refiere a la solidaridad solo de los propios grupos, no de un grupo más amplio y fuera de éstos. Son fuerzas subordinadas a los grupos dirigentes que incluso pueden ser antagónicos a sus propios intereses.

*Texto elaborado por Marcos Tello para el Centro Sindical de Investigación e Innovación Educativa de la Sección XVIII del SNTE-CNTE.

b) *Nivel de la lucha económica de clase*.- Es aquél que alcanza la conciencia de solidaridad entre los diversos grupos corporativos pero sólo en el campo de lo económico. Por ejemplo los sindicatos nacionales, las huelgas nacionales por aumento de salarios y por algunas reformas económicas o políticas que no cuestionan de fondo al sistema.

c) *Nivel hegemónico*: es aquel que supera el ámbito corporativo-económico. Es cuando un grupo social es capaz de representarse a sí mismo y a otros grupos subordinados. Ésta es la fase estrictamente política que señala el tránsito de los intereses puramente económicos a un proyecto nacional-popular, es donde las ideologías germinadas se convierten en partido y entran en una confrontación con su enemigo en la que sólo una de las partes en disputa habrá de prevalecer.

d) *Nivel político-militar*: En este sentido se pueden identificar dos momentos el militar en sentido estricto o técnico militar y el político militar. El primero designa todos los problemas técnicos ligados a la organización militar, armamento, tipo de combate, etc. El segundo responde a cuestiones tales como la organización de las masas, el programa que potencie y movilice a los sectores populares, la capacidad de los dirigentes políticos y sociales, la calidad y cantidad de militantes y organizaciones populares en el seno del pueblo. Dentro del momento militar lo técnico militar está subordinado a lo político militar. En síntesis, la concepción político-militar significa que cuando se habla de correlación y construcción de fuerzas, se refiere a fuerzas sociales que se expresan materialmente. Es decir, esa fuerza material se constituye a partir de un proceso social. Marx hace referencia a que la crítica teórica (la lucha ideológica) no puede remplazar a la crítica de las armas, y esa crítica teórica, si se incorpora a la conciencia de los hombres, se transforma en una fuerza material.

Distinción entre táctica y estrategia.

El análisis de las situaciones en que se producen los enfrentamientos sociales nos ayuda a trazar planes. Los planes suelen ser de dos órdenes: tácticos y estratégicos.

Los **planes estratégicos** son aquellas proyecciones y objetivos diseñados para un periodo más o menos largo y que tienen que ver con el cumplimiento de tareas de gran impacto que implican un cambio radical de las estructuras o de las correlaciones de fuerza.

Los **planes tácticos** son las propuestas para la acción política-social de corto alcance, la mayoría de las veces circunscritas a la coyuntura.

Análisis de las situaciones. Relaciones de Fuerzas*

Antonio Gramsci

El estudio de cómo hay que analizar las “situaciones” o sea, de cómo hay que establecer los diversos grados de relaciones de fuerzas, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte políticos, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares útiles para despertar el interés por la realidad y para suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Al mismo tiempo hay que exponer lo que se debe entender en política por **estrategia** y por **táctica**, por **plan estratégico**, por **propaganda**, por **agitación** y **ciencia de la organización y de la administración en política**.

Los elementos de observación empírica tendrían que empezar por las relaciones de las fuerzas internacionales.

Las relaciones internacionales, ¿son (lógicamente) anteriores o posteriores a las relaciones sociales fundamentales? Posteriores, sin duda. Toda innovación en la estructura modifica las relaciones absolutas y relativas en el campo internacional, a través de sus **expresiones técnico-militares**. También la **posición geográfica** de un estado nacional es posterior y no anterior (lógicamente) a las innovaciones estructurales, aunque reaccione sobre ellas en cierta medida. Por otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasiva y activamente sobre las relaciones políticas. Cuanto más subordinada está la vida económica inmediata de una nación a las relaciones internacionales, tanto más representa un partido esa situación y la aprovecha para impedir la llegada de los partidos adversarios al poder.

Desde esa serie de hechos se puede llegar a la conclusión de que a menudo el llamado “partido del extranjero” no es precisamente el que se indica como tal, sino el partido más nacionalista, el cual, en realidad, más que representar las fuerzas vitales del país, representa la subordinación y sometimiento económico a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas.

El problema de las **relaciones entre la estructura y las superestructuras** es el que hay que plantear y resolver exactamente para llegar a un análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia de un cierto período, y para determinar su correlación.

Movimientos orgánicos y movimientos de coyuntura.

En el estudio de una **estructura** hay que distinguir entre los **movimientos orgánicos** (relativamente permanentes) y los movimientos que pueden llamarse “de coyuntura” (y que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de **coyuntura** dependen también, por supuesto, de movimientos orgánicos, pero su significación no tiene gran alcance histórico; producen una crítica política minuta, al día, que afecta a pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un período histórico se presenta la gran importancia de esta distinción. Se tiene, por ejemplo, una crisis que a veces se prolonga durante decenios. Esa excepcional duración significa que se han revelado en la estructura contradicciones insanables (las cuales han llegado a madurar), y que las fuerzas políticas que actúan positivamente para la conservación y la defensa de la estructura misma se esfuerzan por sanarlas y superarlas dentro de ciertos límites. Esos esfuerzos incesantes y perseverantes constituyen el terreno de la “ocasional”, en el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar que existen ya esas condiciones necesarias y suficientes para que puedan, y por tanto deban, resolver históricamente determinados problemas.

El error en que a menudo se cae e en los análisis histórico-políticos consiste en no saber hallar una relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: así se llega a exponer como

* Antonio Gramsci, *Escritos políticos 1917-1933*, Cuaderno de Pasado y Presente No. 53, Ed. P&P, 1977, pp. 342-351

inmediatamente activas causas que son, en cambio, mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las causas eficientes únicas; en el primer caso se tiene el exceso de **“economismo”** o de **doctrinarismo** pedante; en otro, el exceso de **“ideologismo”**; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento individualista e individual. La distinción entre “movimientos” y hechos orgánicos y movimientos y hechos “coyunturales” u ocasionales tiene que aplicarse a todos los tipos de situación, no sólo a aquellos en los cuales ocurre un desarrollo regresivo o de crisis agudas, sino también a aquellos otros en los cuales se verifica un desarrollo progresivo y de prosperidad, así como a los de estancamiento de las fuerzas productivas. Difícilmente se establecerá de un modo exacto el nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, por tanto, de investigación; y si el error es ya grave en la historiografía, lo será a un más en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada, sino de construir la presente y la futura; los propios deseos y las propias pasiones inferiores son la causa del error, porque sustituyen al análisis objetivo e imparcial, y eso ocurre no como “medio” consciente para estimular la acción, sino como autoengaño. También en este caso muerde la víbora al charlatán; es decir, el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

Relaciones de fuerza

La cuestión que suele llamarse de las relaciones de fuerza es un aspecto del mismo problema. A menudo se lee, en las narraciones históricas, la expresión genérica “relaciones de fuerzas favorables, desfavorables a tal o cual tendencia”. Así, abstractamente, esta formulación no explica nada, o casi nada. En la “relación de fuerza” hay que distinguir, por de pronto varios momentos o grados, que son fundamentalmente éstos:

1) Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, y que puede medirse con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las **fuerzas materiales de producción** se tienen las agrupaciones sociales, cada una de las cuales representa una función y ocupa una posición dada en la producción misma. Esta relación es, y nada más: es una realidad rebelde; nadie puede modificar el número de las empresas o de sus empleados, el número de las ciudades con la correspondiente población urbana, etc. Esta división estratégica fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para una transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de operatividad de las diversas ideologías nacidas en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que la división ha engendrado durante su desarrollo.

2) Un momento ulterior es la relación de las fuerzas políticas, esto es: la estimación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los varios grupos sociales. Este momento puede analizarse a su vez distinguiendo en él varios grados que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. **El primero** y más elemental es el **económico-corporativo**: un comerciante siente que debe ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario con el fabricante; es decir se siente la unidad homogénea y el deber de organizarla, la unidad del grupo profesional, pero todavía no la del grupo social más amplio. **Un segundo momento** es aquel en el cual se conquista **la conciencia de la solidaridad de intereses de todos los miembros del grupo social**, pero todavía en el terreno meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del estado, pero sólo en el sentido de aspirar a conseguir una igualdad jurídico-política con los grupos dominantes, pues lo que se reivindica es el derecho a participar en la legislación y en la administración, y acaso el de modificarlas y reformarlas, pero en los marcos fundamentales existentes. **Un tercer momento** es aquel en el cual se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la **fase más estrictamente política**, la cuál indica el paso claro de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en la cuál las ideologías antes terminadas se hacen **“partido”**, chocan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o, por lo menos, una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse

por toda el área social, determinando, además de la **unidad de los fines económicos y políticos**, también la **unidad intelectual y moral**, planteando todas las cuestiones en torno a las cuáles hierve la lucha no ya en un plano corporativo, sino en un plano “universal”, y creando así la **hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados**. El estado se concibe, sin duda, como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables a la máxima expansión de ese grupo; pero ese desarrollo y esa expansión se conciben y se presentan como la fuerza motora de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías “nacionales”, es decir, el grupo dominante se coordina concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuáles los intereses del grupo dominante prevalecen, pero hasta cierto punto, no hasta la satisfacción completa del interés económico-corporativo.

3)El tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, que es el inmediatamente decisivo en cada caso (El desarrollo histórico oscila constantemente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo). Pero tampoco éste es indistinto ni identificable inmediatamente de una forma esquemática, sino que también en él se pueden distinguir dos grados: **el militar** en sentido estricto, **o técnico-militar**, y el grado que puede llamarse **político-militar**. En el desarrollo de la historia esos dos grados se han presentado con una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico, que puede servir como paradigma-límite, es el de la relación de opresión militar de un estado sobre una nación que está intentando conseguir su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar, y, efectivamente un tipo de opresión así sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y sin la pasividad de su mayoría; por tanto, no podrá conseguirse la independencia con fuerzas puramente militares, sino que harán falta fuerzas militares y político-militares. Pues si la nación oprimida tuviera que esperar, para empezar la lucha por la independencia, a que el estado hegemónico le permitiera organizarse su propio ejército en el sentido estricto y técnico de la palabra, podría echarse a dormir (puede ocurrir que la reivindicación de contar con un propio ejército sea admitida por la nación hegemónica, pero eso significará que una gran parte de la lucha habrá sido ya combatida y ganada en el terreno político-militar). La nación oprimida opondrá, por tanto, inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza solo “político-militar”, esto es, le opondrá una forma de acción política que tenga la virtud de determinar reflejos de carácter militar, en el sentido: 1. de que tenga eficacia suficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica, y 2. que obliguen a la fuerza militar hegemónica a diluirse y dispersarse por un gran territorio, anulando así su eficacia bélica.

Pero la observación más importante que hay que hacer a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerzas es la siguiente: que esos análisis no pueden ni deben constituir fines en sí mismos (a menos que se esté tratando de escribir un capítulo de historia pasada), sino que sólo cobran significación si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de la voluntad. Los análisis muestran cuáles son los puntos de menor resistencia a los que pueden aplicarse con más fruto las fuerzas de la voluntad, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede plantear mejor una campaña de agitación política, que lenguaje será mejor comprendido por las muchedumbres, etcétera. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y dispuesta desde mucho tiempo antes, la cual puede ser lanzada hacia delante cuando se juzga que una situación es favorable (y será favorable sólo en la medida en que exista una fuerza así y esté llena de ardor combativo); por eso la tarea esencial consiste en encargarse, sistemática y pacientemente de formar, desarrollar, homogeneizar cada vez más y hacer cada vez más compacta y consciente de sí misma a esa fuerza. Esto se comprueba en la historia militar y en la atención con la cual se ha preparado siempre a los ejércitos para empezar una guerra en cualquier momento. Los grandes estados han sido grandes precisamente porque estaban en cualquier momento preparados para intervenir eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas eran favorables para ellos porque los grandes estados tenían la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

APUNTES SOBRE ESTRATEGIA Y TÁCTICA*

Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos

Ambos tienen su origen en el pensamiento militar del siglo XVIII. Por estrategia se entiende el arte de ganar la guerra; por táctica, el de organizar y dirigir las operaciones parciales dentro de los principios estratégicos generales. Transplantado al plano político, el concepto de estrategia se refiere a la definición del **carácter o fines de la revolución**, del **enemigo principal**, de las **clases revolucionarias**, de los **aliados** y de los **medios** políticos, culturales y económicos de la lucha revolucionaria. **La táctica** corresponde a las maniobras, alianzas, compromisos y movimientos parciales que estas organizaciones realizan con el fin de alcanzar los objetivos estratégicos que las orientan.

A veces se olvida que estrategia y táctica están, a su vez, condicionadas por programas y principios políticos, que la relación entre fines y medios está delimitada por ellos, que no puede justificarse el uso de cualquier medio o estrategia para alcanzar el fin. En nuestro caso, al objetivo de alcanzar la emancipación de los trabajadores debe corresponder una estrategia subordinada a tal fin. El viejo socialismo simplificó este asunto al reducir el marco de la estrategia a la pura lucha por el poder estatal, colocando el énfasis en los dispositivos de fuerza, violencia y administración, que son indispensables en la lucha contra el estado burgués, relegando a un segundo plano las tareas de dirección ética, cultural y política dentro del campo revolucionario, como parte de su dominación sobre las clases reaccionarias.

1. Los factores determinantes de la estrategia

¿Cómo se elabora una estrategia revolucionaria? ¿Qué elementos de la realidad tienen que considerarse para elaborarla correctamente? Básicamente tienen que apoyarse en:

- a) el estudio sobre el grado de desarrollo económico y la estructura de clases en la sociedad;
- b) las tendencias del desarrollo de la lucha de clases;
- c) las condiciones internacionales en que ésta se desarrolla.

2. La cuestión de las etapas de lucha

En el asunto de las etapas o fases podemos distinguir dos: En primer lugar, hay que identificar la estructura social existente y describirla en un esquema teórico general capaz de plantear, como lo ha subrayado Mao Tse-tung, cuál es la contradicción principal de la sociedad, cuál es el aspecto principal de esta contradicción y cuáles son las contradicciones secundarias que de ella dependen. Armados con este esquema general, los revolucionarios pueden plantear las tareas fundamentales a realizar, es decir, a qué clases se va a combatir directamente, con cuáles clases se va a hacer alianzas, a qué clases o sectores se va a intentar neutralizar o ganar como apoyo.

* Vania Bambirra y Theotonio dos Santos, *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. México, Ed. Era, 1980, pp. 12-22

En segundo lugar, los marxistas tienen que estar atentos a los constantes cambios en su sociedad, a las condiciones internacionales que hacen que cambie la estructura social (los cambios de estructura de las clases dominantes no siempre son muy claros por la falta, muchas veces, de choques abiertos entre ellas) y, necesariamente, a la estrategia que ha de ser adoptada.

La determinación del carácter y de las etapas de la revolución debe precisar claramente sus tareas *destructivas*, que dependen fundamentalmente del carácter del orden social existente (una revolución es en primer lugar la destrucción de un orden existente y de las formas políticas correspondientes) y sus tareas *constructivas*, es decir, el nuevo orden social que deberá *suced*er al anterior y construirse en su lugar. Es necesario señalar que esa *sucesión* temporal nos indica la existencia de varias etapas dentro de una lucha revolucionaria, que son muy difíciles de precisar en su duración y sus modalidades concretas.

La lucha revolucionaria supone la existencia de un periodo de acumulación de fuerzas en que la lucha ideológica, la propaganda de las ideas, y la organización de la clase revolucionaria, a través de las luchas parciales, son los aspectos principales. En seguida, hay que suponer la existencia de un periodo prerrevolucionario, en el cual el poder represivo de la clase dominante es paralizado relativamente por el alto grado de la lucha de clases y por la desarticulación del sistema de poder existente (situaciones de fin de guerra, crisis económica, luchas interburguesas agudas, etc.). En esas situaciones, se plantea el problema del poder como tarea inmediata; emergen fuerzas antes aplastadas no sólo en la política, sino también en el campo de la cultura, del arte, de la ciencia. El enfrentamiento de clases tiende progresivamente a asumir la forma de una confrontación militar: la guerra civil. En consecuencia, el golpe de Estado o la insurrección se ponen al orden del día.

La revolución triunfa cuando se produce la convergencia de una preparación colectiva anterior, una dirección revolucionaria altamente entrenada y una profundización de la crisis total.

3. Los determinantes de la táctica

La elaboración de la táctica es una tarea todavía más compleja. Esto se debe a que la táctica no sólo supone una adecuación de la acción inmediata a los objetivos generales de la estrategia, sino que exige además que se tome en consideración un gran número de factores mucho menos controlables científicamente. El arte de la lucha cotidiana exige, además de un espíritu científico, una flexibilidad que se expresa en una cierta aptitud de manejo político que depende de los rasgos personales y de una larga experiencia; un razonamiento rápido y una capacidad de decisión frente a las diversas alternativas que la situación entrega. En la táctica política se ponen definitivamente a prueba los liderazgos.

La lucha cotidiana puede llevar a una desviación muy común, que consiste en abandonar los objetivos finales para dedicarse sólo a los inmediatos. Se puede caer muy fácilmente en el pragmatismo, transformándose en un político "realista" en el mal sentido de la palabra. Todo "realismo" o inmediatismo o pragmatismo político es conservador o reformista. Ahogarse en los aspectos de la lucha cotidiana conduce a una lucha sin sentido revolucionario que sacrifica el avance revolucionario a las conquistas del presente. Así, la capacidad para elaborar una táctica correcta es el gran reto para el revolucionario, quien solamente aprobará este examen de la historia si ajusta su capacidad para actuar en la política cotidiana a los objetivos estratégicos generales de la revolución.

¿Qué elementos tiene que tomar en cuenta la táctica? Además de los objetivos estratégicos generales, la táctica política tiene que tomar en consideración la correlación de fuerzas en cada momento histórico, la psicología de las masas, el grado de organización y conciencia alcanzado por ellas, los objetivos políticos del enemigo y de los aliados.

El análisis de la correlación de fuerzas, en cada momento histórico no puede ser nunca estático. Desde un punto de vista estático, la clase dominante siempre tiene más fuerza que las clases dominadas. Sin embargo, la acción correcta y audaz de los revolucionarios hace cambiar rápidamente la correlación de fuerzas, cuando la situación es favorable. Por otro lado, las acciones erradas, por la vacilación o por el carácter aventurero de los que las realizan, hacen cambiar la correlación de fuerzas en detrimento de los revolucionarios. En este aspecto, la táctica se encuentra muy próxima de la estrategia, pues son las tendencias del desarrollo de la lucha de clases las que pueden asegurar si la correlación de fuerzas cambiará en una dirección u otra. Pero el análisis de la acción táctica debe incluir siempre los elementos subjetivos (psicología, organización, manifestaciones ideológicas y planes de acción del adversario y de los aliados), pues de no hacerlo, se estaría reduciendo la táctica a los elementos de la estrategia general. Claro está que no siempre se pueden trazar límites muy claros entre la estrategia y la táctica, pues éstas son complementarias. Esta confusión, sin embargo, trae muchos peligros.

La reducción de la estrategia a las cuestiones tácticas que caracteriza al inmediatismo pragmatista lleva inevitablemente al reformismo. La actuación inmediatista siempre aísla los actos parciales de los objetivos generales del socialismo. Busca también apoyarse en fuerzas externas, básicamente en los sectores más progresistas de la clase dominante, ya que su visión lleva siempre a subestimar las potencialidades de lucha de las clases revolucionarias. Este tipo de política, a pesar de que aparentemente mantiene las conquistas actuales de las clases populares, a largo plazo las debilita y permite la contraofensiva de las clases dominantes para arrancarles sus conquistas.

La reducción de la táctica a los problemas estratégicos provoca por otro lado una desviación de tipo aventurero y/o intelectualista. Al reducir los problemas inmediatos de las masas a movimientos a largo plazo la dirección política se aparta de ellas, las desorienta y pierde toda capacidad para transformar en práctica las posiciones revolucionarias.

LOS CONCEPTOS DE ESTRATEGIA Y TÁCTICA

Marta Harnecker

Para ganar una guerra no basta con tener deseos de ganarla: es necesario planificar los combates de tal modo que permitan ir avanzando, hasta llegar a derrotar al enemigo. Y para planificar en forma correcta estos combates es necesario conocer muy bien los siguientes aspectos:

a) el terreno en el cual se va a dar la batalla; b) el enemigo y su fuerza (sus puntos fuertes y sus puntos débiles); c) nuestras fuerzas (nuestros puntos fuertes y nuestros puntos débiles).

El balance que hacemos entre las fuerzas enemigas y las nuestras es lo que llamaremos correlación de fuerzas. La correlación de fuerzas puede sernos favorable, es decir que contamos con mayores y/o mejores fuerzas que el enemigo, o puede sernos desfavorable, es decir, que el enemigo nos supera en cantidad y/o calidad de fuerzas. Veamos a través de un ejemplo cómo tomamos en cuenta los aspectos anotados.

Pensemos en una guerra de liberación nacional en la que el ejército enemigo ha invadido zonas importantes del territorio nacional y se ha concentrado fundamentalmente en un punto de éste.

Para ganar esta guerra, para vencer al enemigo y lograr expulsarlo del territorio, pueden elegirse varios caminos. Uno sería el del enfrentamiento directo del enemigo, movilizándolo a todo el ejército de liberación contra él con el objetivo de derrotarlo en un solo gran combate.

Pero si el enemigo es muy poderoso, si está mucho mejor armado que el ejército de liberación, sería un desastre elegir este camino para ganar la guerra.

—¿Qué otro camino podría elegirse?

Podría elegirse el camino del cerco, es decir, no enfrentarse directamente al enemigo sino rodearlo, cortar las vías de comunicación, y por lo tanto, las vías de acceso de alimentos, agua, para ir agotando poco a poco sus fuerzas.

Y si las condiciones del terreno o la extensión de la invasión no permiten cercarlo, ¿qué otro camino podría seguirse?

Podría elegirse el camino de tratar de dividir al enemigo, dirigiendo todos los efectivos del ejército de liberación nacional contra ciertas zonas estratégicas. La concentración de todas las fuerzas patrióticas contra un sector del enemigo, definido desde ese momento como el enemigo principal, hace posible la reconquista de parte del territorio ocupado, mientras el resto permanece todavía en manos del enemigo. Pero una vez que se ha ganado esta nueva posición de fuerza, es más fácil avanzar luego a la liberación de las otras zonas.

Se llama estrategia a la forma en que se planifican, organizan, orientan los diversos combates para conseguir el objetivo fijado: ganar la guerra contra determinados adversarios.

Si volvemos a nuestro ejemplo, hablaremos, para los casos descritos, de la estrategia del enfrentamiento directo y total, de la estrategia del cerco y de la estrategia del enfrentamiento parcial, concentrando fuerzas contra un sector del enemigo.

Se llama táctica a las distintas operaciones que se ejecutan concretamente para llevar a cabo los combates de acuerdo al plan estratégico general. Por ejemplo, en la estrategia del cerco se daban los siguientes pasos tácticos: cortar las vías de comunicación, las vías de acceso de alimentos, agua, crear un clima de tensión anunciando continuamente ataques que no se llevan a cabo.

Llamaremos objetivo estratégico final al objetivo que se persigue en último término. En nuestro

ejemplo: ganar la guerra de liberación nacional.

Llamaremos objetivos estratégicos parciales, a los objetivos que se pretenden lograr en cada combate. Por ejemplo, derrotar al enemigo en forma parcial en sólo una zona del territorio.

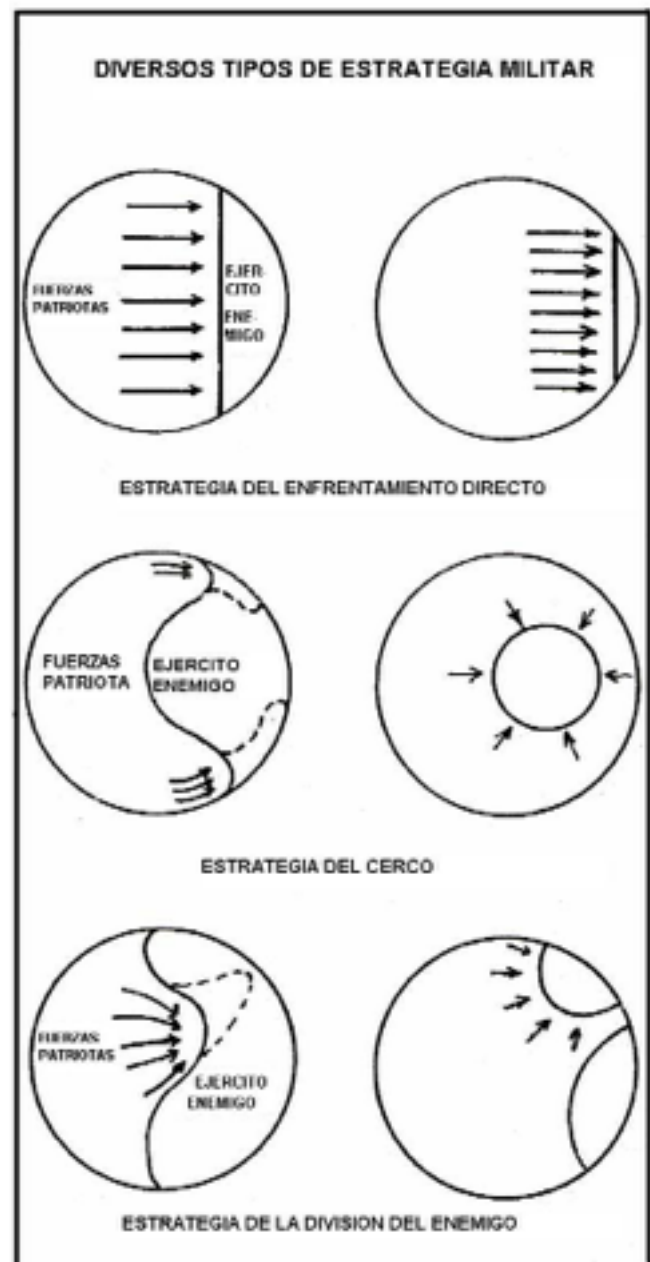
La relación entre el objetivo estratégico parcial y final y entre la estrategia y la táctica es una relación entre el todo y la parte. Hay que tener en cuenta la situación de la guerra en su conjunto y todas las etapas de la guerra. El no tener en cuenta continuamente el objetivo final, puede significar sumergirse en problemas secundarios y entregar el triunfo al enemigo.

El proceso para determinar la estrategia y la táctica debe ser la elaboración de un plan (correspondiendo a los puntos anunciados anteriormente); aplicación del plan; análisis de su resultado: si éste correspondió a la situación real y si permitió avanzar y modificar el plan inicial de acuerdo al análisis de la experiencia. El método principal es aprender a combatir en el curso de la misma guerra.

Ahora bien, es importante no olvidar que el punto de partida de toda planificación estratégica es un correcto análisis del terreno en el cual se va a dar el combate y de la correlación de fuerzas entre nosotros y el enemigo, con el objetivo de derrotarlo. Este análisis debe permitir cambiar en el curso de la guerra la correlación de fuerzas desfavorable en ese momento hacia una correlación de fuerzas que asegure el triunfo definitivo. Un buen estratega es principalmente el que aprovecha todos los recursos para cambiar en el curso de la guerra la correlación de fuerzas.

Una estrategia incorrecta para dirigir la guerra tiene consecuencias muy graves, conduce al desastre, a perder definitivamente la guerra.

Estos conceptos de estrategia y táctica, que provienen del lenguaje militar, han sido aplicados por Lenin al terreno de la lucha de clases, porque para el marxismo la lucha de clases es, como decíamos anteriormente, una verdadera guerra. Ella se da en los distintos niveles de la sociedad (económico, ideológico y político), entre los grupos explotadores y los grupos explotados. Es una guerra larga en la que la clase obrera se dirige a la conquista del poder político para poner fin a la explotación, construyendo una sociedad socialista.



ESTRATEGIAS Y TÁCTICAS

Mao Tse Tung

PRINCIPIOS MILITARES

He aquí nuestros principios militares:

1. Asestar golpes primero a las fuerzas enemigas dispersas y aisladas, y luego a las fuerzas enemigas concentradas y poderosas.
2. Tomar primero las ciudades pequeñas y medianas y las vastas zonas rurales, y luego las grandes ciudades.
3. Tener por objetivo principal el aniquilamiento de la fuerza viva del enemigo y no el mantenimiento o conquista de ciudades o territorios.

El mantenimiento o conquista de una ciudad o un territorio es el resultado del aniquilamiento de la fuerza viva del enemigo, y, a menudo, una ciudad o territorio puede ser mantenido o conquistado en definitiva sólo después de cambiar de manos repetidas veces.

4. En cada batalla, concentrar fuerzas absolutamente superiores (dos, tres, cuatro y en ocasiones hasta cinco o seis veces las fuerzas del enemigo), cercar totalmente las fuerzas enemigas y procurar aniquilarlas por completo, sin dejar que nadie se escape de la red.

En circunstancias especiales, usar el método de asestar golpes demoledores al enemigo, esto es, concentrar todas nuestras fuerzas para hacer un ataque frontal y un ataque sobre uno o ambos flancos del enemigo, con el propósito de aniquilar una parte de sus tropas y desbaratar la otra, de modo que nuestro ejército pueda trasladar rápidamente sus fuerzas para aplastar otras tropas enemigas.

Hacer lo posible para evitar las batallas de desgaste, en las que lo ganado no compensa lo perdido o sólo resulta equivalente. De este modo, aunque somos inferiores en el conjunto (hablando en términos numéricos), somos absolutamente superiores en cada caso y en cada batalla concreta, y esto nos asegura la victoria en las batallas. Con el tiempo, llegaremos a ser superiores en el conjunto y finalmente liquidaremos a todas las fuerzas enemigas.

5. No dar ninguna batalla sin preparación, ni dar ninguna batalla sin tener la seguridad de ganarla; hacer todos los esfuerzos para estar bien preparados para cada batalla, hacer todo lo posible para que la correlación existente entre las condiciones del enemigo y las nuestras nos asegure la victoria.
6. Poner en pleno juego nuestro estilo de lucha: valentía en el combate, espíritu de sacrificio, desprecio a la fatiga y tenacidad en los combates continuos (es decir, entablar combates sucesivos en un corto lapso y sin tomar repose).
7. Esforzarse por aniquilar al enemigo en la guerra de maniobras. Al mismo tiempo, dar importancia a la táctica de ataque a posiciones con el propósito de apoderarse de los puntos fortificados y ciudades en manos del enemigo.
8. Con respecto a la toma de las ciudades, apoderarse resueltamente de todos los puntos fortificados y ciudades débilmente defendidas por el enemigo. Apoderarse, en el momento conveniente y si las circunstancias lo permiten, de todos los puntos fortificados y ciudades que el enemigo defiende con medianas fuerzas. En cuanto a los puntos fortificados y ciudades poderosamente defendidos por el enemigo, tomarlos cuando las condiciones para ello hayan madurado.

9. Reforzar nuestro ejército con todas las armas y la mayor parte de los hombres capturados al enemigo. La fuente principal de los recursos humanos y materiales para nuestro ejército está en el frente.

10. Aprovechar bien el intervalo entre dos campañas para que nuestras tropas descansen, se adiestren y consoliden. Los períodos de descanso, adiestramiento y consolidación no deben, en general, ser muy prolongados para no dar, hasta donde sea posible, ningún respiro al enemigo.

Estos son los principales métodos que emplea el Ejército Popular de Liberación para derrotar a Chiang Kai-shek. Han sido forjados por el Ejército Popular de Liberación en largos años de lucha contra los enemigos nacionales y extranjeros, y corresponden completamente a nuestra situación actual. (...) Nuestra estrategia y táctica se basan en la guerra popular y ningún ejército antipopular puede utilizarlas.

La situación actual y nuestras tareas. (25 de diciembre de 1947), Obras Escogidas, t. IV

OBJETIVO DE LA GUERRA

El objetivo de la guerra no es otro que conservar las fuerzas propias y destruir las enemigas (destruir las fuerzas enemigas significa desarmarlas o privarlas de su capacidad para resistir, y no significa aniquilarlas todas físicamente).

La defensa tiene como objetivo inmediato conservar las fuerzas propias, pero al mismo tiempo es un medio de complementar el ataque o prepararse para pasar al ataque. La retirada pertenece a la categoría de la defensa y es una continuación de ésta, en tanto que la persecución es una continuación del ataque.

Hay que señalar que la destrucción de las fuerzas enemigas es el objetivo primario de la guerra y la conservación de las fuerzas propias, el secundario, porque sólo se puede conservar eficazmente las fuerzas propias destruyendo las enemigas en gran número.

Por lo tanto, el ataque, como medio principal para destruir las fuerzas del enemigo, es lo primario, en tanto que la defensa, como medio auxiliar para destruir las fuerzas enemigas y como uno de los medios para conservar las fuerzas propias, es lo secundario. Es cierto que en la práctica de la guerra, la defensa desempeña el papel principal en muchas ocasiones, mientras que en las demás lo desempeña el ataque, pero si la guerra se considera en su conjunto, el ataque sigue siendo lo primario.

Sobre la guerra prolongada (mayo de 1938), Obras Escogidas, t. II.

SORPRESA

Sin preparación, la superioridad de fuerzas no es superioridad real ni puede haber tampoco iniciativa. Sabiendo esta verdad, una fuerza inferior pero bien preparada, a menudo puede derrotar a una fuerza enemiga superior mediante ataques por sorpresa.

Sobre la guerra prolongada. (mayo de 1938), Obras Escogidas, t. II.

GUERRA Y POLITICA

La guerra es la continuación de la política. En este sentido, la guerra es política, y es en sí misma una acción política. No ha habido jamás, desde los tiempos antiguos, ninguna guerra que no tuviese un carácter político. (...)

Pero la guerra tiene sus características peculiares, y en este sentido, no es igual a la política en general. La guerra es la continuación de la política por otros medios. Cuando la política llega a cierta etapa de su desarrollo, más allá de la cual no puede proseguir por los medios habituales, estalla la

guerra para barrer el obstáculo del camino. (...) Cuando sea eliminado el obstáculo y conseguido nuestro objetivo político, terminará la guerra. Mientras no se elimine por completo el obstáculo, la guerra tendrá que continuar hasta que se logre totalmente el objetivo. (...) Se puede decir entonces que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre.

Sobre la guerra prolongada (mayo de 1938), Obras Escogidas, t. II.

Carta a Ludwig Kugelmann* En Hannover (Fragmento)

Karl Marx
[Londres], 17 de abril de 1871

Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables. De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las «casualidades» no desempeñasen ningún papel. Como es natural, las casualidades forman parte del curso general del desarrollo y son compensadas por otras casualidades. Pero la aceleración o la lentitud del desarrollo dependen en grado considerable de estas «casualidades», entre las que figura el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste.

La «casualidad» desfavorable decisiva no debe ser buscada esta vez, de ningún modo, en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia en Francia de los prusianos, que se hallaban a las puertas de París. Esto lo sabían muy bien los parisienses. Pero lo sabían también los canallas burgueses de Versalles. Por eso plantearon ante los parisienses la alternativa: aceptar el reto o entregarse sin lucha. La desmoralización de la clase obrera en este último caso habría sido una desgracia mucho mayor que el perecimiento de cualquier número de «líderes». Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo.

*Publicado por vez primera en forma abreviada en la revista *Die Neue Zeit*, Bd. 2, núm. 23, 1901-1902; en forma completa, en ruso, en el libro: *Cartas de Marx a Kugelmann*, 1928. Se publica de acuerdo con el manuscrito. Traducido del alemán. Fuente: C. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas, en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, t. II. Digitalización y Edición Electrónica: Ediciones Bandera Roja. Esta Edición: Marxists Internet Archive, abril de 2003. <http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m17-4-71.htm>

El partido político*

Antonio Gramsci

Dijimos anteriormente que en la época moderna el protagonista del nuevo Príncipe no podría ser un héroe personal, sino un partido político, el determinado partido que en cada momento dado y en las diversas relaciones internas de las diferentes naciones intenta crear (y este fin está racional e históricamente fundado) un nuevo tipo de Estado.

Cada partido es la expresión de un grupo social y nada más que de un sólo grupo social. Sin embargo, en determinadas condiciones sociales, algunos partidos representan un sólo grupo social en cuanto ejercen una función de equilibrio y de arbitraje entre los intereses del propio grupo y el de los demás grupos y procuran que el desarrollo del grupo representado se produzca con el consentimiento y con la ayuda de los grupos aliados y en ciertos casos, con el de los grupos adversarios más hostiles.

¿Es necesaria la acción política (en sentido estricto) para que se pueda hablar de «partido político»? En el mundo moderno se puede observar que en muchos países los partidos orgánicos y fundamentales, por necesidades de lucha o por otras razones, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales asume el nombre de «partido» y aún, de partido independiente. Debido a ello con mucha frecuencia el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece a ninguna de tales fracciones pero actúa como si fuese una fuerza dirigente por completo independiente, superior a los partidos y a veces considerada así por el público. Esta función se puede estudiar con mayor precisión si se parte del punto de vista de que un periódico (o un grupo de periódicos), una revista (o un grupo de revistas), son también «partidos» o «fracciones de partido» o «función de determinado partido». Piénsese en la función del «Times» en Inglaterra y del «Corriere della Sera» en Italia, pero también en la función de la llamada «prensa informativa», que se llama a sí misma «apolítica» y hasta de la prensa deportiva y técnica. Por otro lado, el fenómeno ofrece aspectos interesantes en los países donde existe un partido único y totalitario de gobierno, porque tal partido no cumple ya funciones estrictamente políticas, sino solamente técnicas, de propaganda, de policía, de influencia moral y cultural. La función política es indirecta, pues si no existen otros partidos legales, existen siempre de hecho otros partidos y tendencias que escapan a la coerción legal, contra los cuales se polemiza y lucha como en una partida de gallo ciego. De todas maneras es verdad que en tales partidos predominan las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de jerga: es decir, que las cuestiones políticas revisten formas culturales y como tales devienen irresolubles. Pero hay un partido tradicional que tiene un carácter esencial «indirecto», o sea, se presenta como puramente «educativo» (*Lucus*, etc.), moralista, de cultura (sic): es el movimiento libertario. Aun la llamada acción directa (terrorista) es concebida como «propaganda» por el ejemplo, lo cual permite reforzar el juicio de que el movimiento libertario no es autónomo, sino que vive al margen de los otros partidos «para educarlos». Se puede hablar de un «liberalismo» inherente a cada partido orgánico. (¿Qué son los «libertarios intelectuales o cerebrales» sino un aspecto de tal «marginalismo» con respecto a los grandes partidos de los grupos sociales dominantes?). La misma «secta de los economistas» era un aspecto histórico de este fenómeno.

Se presentan, por lo tanto, dos formas de «partido» que parecen hacer abstracción, como tal, de la acción política inmediata; el constituido por una *élite* de hombres de cultura que tienen la función de dirigir desde el punto de vista de la cultura, de la ideología general, un gran movimiento de partidos afines (que son en realidad fracciones de un mismo partido orgánico); y en el período más reciente, el partido no de *élite* sino de masas, que como tales no tienen otra función política que la de una fidelidad genérica de tipo militar, a un centro político visible o invisible (frecuentemente el centro visible es el mecanismo de comando de fuerzas que no desean mostrarse a plena luz sino operar sólo

* Fragmentos de *Cuadernos de la cárcel: Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*.

indirectamente, por interpósita persona y por «interpósita ideología»). La masa es simplemente de «maniobra» y se la mantiene «ocupada» con prédicas morales, con estímulos sentimentales, con mesiánicos mitos de espera de épocas fabulosas, en las cuales todas las contradicciones y miserias presentes serán automáticamente resueltas y curadas.

Cuando se quiere escribir la historia de un partido político es necesario en realidad afrontar toda una serie de problemas mucho menos simples de cuanto cree Robert Michels, por ejemplo que sin embargo es considerado un especialista en la materia. ¿Cómo deberá ser la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política, cómo nace, los primeros grupos que la constituyen, las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? Se trataría, en tal caso, de la historia de grupos restringidos de intelectuales y a veces de la biografía política de una sola personalidad. El marco del cuadro deberá ser, por consiguiente, más vasto y comprensivo.

Se deberá hacer la historia de una determinada masa de hombres que siguió a los promotores, los sostuvo con su confianza, con su lealtad, con su disciplina o los criticó en forma «realista» dispersándose o permaneciendo pasiva frente a algunas iniciativas. Pero esta masa ¿estará constituida solamente por los adherentes al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones y el conjunto de actividades y de modos de existencia con los cuales una masa de partido manifiesta su voluntad? Evidentemente, será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido en cuestión es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también con interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

He aquí por qué del modo de escribir la historia de un partido deriva el concepto que se tiene de lo que un partido es y debe ser. El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aún dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en haber contribuido a crear un acontecimiento y también en haber impedido que otros se produjesen.

Se puede decir, es verdad, que un partido jamás está acabado y formado en el sentido de que todo desarrollo crea nuevas tareas y nuevas cargas, pero también en el sentido de que en ciertos partidos se verifica la paradoja de que concluyen de formarse cuando no existen más, es decir, cuando su existencia deviene históricamente inútil. Así, ya que cada partido no es más que una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división en clases, su perfección y acabado consiste en no existir más, porque no existen clases y por lo tanto, tampoco sus expresiones. Pero aquí se quiere hacer resaltar un momento particular de este proceso de desarrollo, el momento subsiguiente a aquel en que un hecho puede o no existir, debido a que la necesidad de su existencia no se convirtió aún en «perentoria» y depende en «gran parte» de la existencia de personas de enorme poder volitivo y de extraordinaria voluntad.

¿Cuándo un partido deviene «necesario» históricamente? Cuando las condiciones para su «triumfo», para su ineludible transformarse en Estado están al menos en vías de formación y dejan prever normalmente su desarrollo ulterior. Pero en tales condiciones, ¿cuándo se puede decir que un partido no puede ser destruido por los medios normales? Para responder es necesario desarrollar un razonamiento: para que exista un partido es preciso que coexistan tres elementos fundamentales (es decir tres grupos de elementos):

Un elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, mas no el espíritu creador y con alta capacidad de organización. Sin ellos el partido no existiría, es verdad, pero es verdad también que el partido no podría existir «solamente» con ellos. Constituyen una fuerza en cuanto existen hombres que los centralizan, organizan y disciplinan, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en una hojarasca inútil. No es cuestión de negar que cada uno de estos elementos pueda transformarse en una de las fuerzas de cohesión, pero de ellos se habla precisamente en el momento en que no lo son y no están en condiciones de serlo, o si lo son actúan solamente en un círculo restringido, políticamente ineficaz y sin consecuencia.

El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas contarían cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión, que centraliza y disciplina y sin duda a causa de esto está dotado igualmente, de inventiva (si se entiende «inventiva» en una cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tan es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aún donde no existe.

Un elemento medio, que articula el primero y el segundo que los pone en contacto, no sólo «tísico» sino mural e intelectual. En la realidad, para cada partido existen «proporciones definidas» entre estos tres elementos y se logra el máximo de eficacia cuando tales «proporciones definidas» son alcanzadas.

Partiendo de estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido por medios normales cuando existe necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este elemento no existe todo razonamiento es superfluo), aunque sea disperso y errante, ya que no pueden dejar de formarse los otros dos, o sea el primero que forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que haya surgido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará más que el segundo elemento, cuya destrucción es más fácil a causa de su pequeño número. Sin embargo, es necesario que este segundo elemento si fuera destruido deje como herencia un fermento que le permita regenerarse. Pero, ¿dónde subsistirá y podrá desarrollarse mejor este fermento que en el primero y en el tercer elemento, los cuales, evidentemente, son los más homogéneos con el segundo? La actividad que el segundo elemento consagra a la constitución de este fermento es por ello fundamental, debiéndoselo juzgar en función: 1) de lo que hace realmente; 2) de lo que prepara para el caso de que fuera destruido. Entre estos dos hechos es difícil indicar el más importante. Ya que en la lucha siempre se debe prever la derrota, la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como los esfuerzos que se hacen para vencer.

El partido dirigente del proletariado*

György Lukács

La idea leninista de la organización presupone el hecho de la revolución, de la actualidad de la revolución.

El partido, en tanto que organización fuertemente centralizada de los elementos más conscientes del proletariado -y sólo de éstos es concebido como el instrumento de la lucha de clases en un periodo revolucionario. "No es posible separar mecánicamente las cuestiones políticas de las organizativas", decía Lenin, y quien apruebe o rechace la organización bolchevique del partido, sin plantearse el problema de si estamos o no en la época de la revolución proletaria no ha entendido absolutamente nada de la esencia de la misma.

Todo aquel que no niegue incondicionalmente la función revolucionaria del partido habrá de reconocer por fuerza que esta apropiación por parte del proletariado de su conciencia de clase no tiene lugar de manera automática exclusivamente en virtud del proceso mismo de las fuerzas económicas de la producción capitalista, ni por el simple crecimiento orgánico de la espontaneidad de las masas.

La actualidad de la revolución no significa que la efervescencia de la sociedad, es decir, la descomposición de sus viejas estructuras haya de limitarse al proletariado; afecta, por el contrario, a todas las clases sociales. La medida auténtica de una situación revolucionaria es, en opinión de Lenin que las capas inferiores de la sociedad "no quieran vivir el modo antiguo", y las capas superiores, a su vez, "no puedan vivir al modo antiguo"; "sin una crisis de la nación entera (que afecte tanto a los explotadores como a los explotados), la revolución no es posible".

Cuanto más profunda es la crisis, más amplias son las perspectivas de la revolución. Cuanto más aumenta en popularidad, sin embargo, cuantas más capas sociales llega a afectar, tanto mayor es el número de movimientos diversos y elementales que se entrecruzan en ella, tanto más confusas y cambiantes resultan las relaciones de fuerza entre las dos clases de cuya lucha depende -en última instancia todo: la burguesía y el proletariado.

Si el proletariado quiere vencer en esta lucha, debe apoyar y sostener toda corriente que coadyuve a la descomposición de la sociedad burguesa, procurando integrar todo movimiento elemental, de cualquier capa oprimida, por poco claro que sea, en el movimiento revolucionario general. Y la inminencia de un período revolucionario resulta, asimismo, visible en la búsqueda, por parte de todos los insatisfechos de la antigua sociedad, de vinculación con el proletariado o, por lo menos, de algún tipo de relación con él. En lo que no deja de haber, sin embargo, un gran peligro.

La concepción leninista del partido tiene, pues, como consecuencia dos polos necesarios: por una parte, la selección más severa de los miembros en función de su conciencia proletaria de clase, por otra el más absoluto apoyo a todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista, a los que debe estar unido por una relación de solidaridad.

Quedan así unidos de manera dialéctica la inexorable claridad en cuanto a los fines y la universalidad, la dirección de la revolución en un estricto sentido proletario y el carácter nacional (e internacional) general de la revolución.

La concepción leninista de la organización entraña pues, una doble ruptura con el fatalismo mecanicista: con el que concibe la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación de clase, y con el que no ve en la revolución misma sino el resultado mecánico de

* Fragmento del capítulo III homónimo de *Lenin (La coherencia de su pensamiento)*, versión al español de Jacobo Muñoz. México, editorial Grijalbo, 1970 (colección 70), pp. 34-57

unas fuerzas económicas que se desencadenan de manera inexorable, conduciendo al proletariado casi automáticamente a la victoria una vez "maduras" las condiciones objetivas de la revolución.

Porque si se hubiera de esperar a que el proletariado se lanzara consciente y unitariamente a la lucha decisiva, jamás se llegaría a una situación revolucionaria. Siempre habrá, por una parte -y tanto más cuanto más desarrollado esté el capitalismo- sectores del proletariado que asistirán pasivamente a la lucha de su propia clase por liberarse, llegando en casos extremos incluso, a pasarse al campo enemigo. La conducta misma del proletariado, por otra, su firmeza y el grado de su conciencia de clase no son en modo alguno algo que con necesidad inexorable se desprenda de la situación económica.

Es evidente que ni siquiera el mejor y más grande partido del mundo puede "hacer" la revolución. Pero la manera de reaccionar del proletariado ante una situación dada depende ampliamente de la claridad y energía que el partido sea capaz de conferir a sus objetivos de clase. En la época de la actualidad de la revolución el viejo problema de si ésta puede o no "ser hecha", adquiere pues, un significado completamente nuevo. Y con esta mutación de significado varía asimismo la relación existente entre clase y partido, es decir, el significado de los problemas de organización para el partido y el conjunto del proletariado.

Al plantear la revolución como algo que hay que "hacer" se está, en realidad, separando de manera rígida y muy poco dialéctica la necesidad del desarrollo histórico y la actividad del partido militante. En este nivel, en el que "hacer" la revolución es algo así como sacarla por arte de magia a partir de la nada, no podemos menos de adoptar una actitud totalmente negativa. La actividad del partido en la época de la revolución debe ir, a decir verdad, por un camino muy diferente. Porque si el carácter fundamental de la época es revolucionario, una situación agudamente revolucionaria puede presentarse en cualquier instante. Prever el momento justo y las circunstancias de su aparición nunca puede ser, desde luego, una empresa rigurosamente posible.

Sí lo es, en cambio, la determinación de las tendencias que llevan a ella, así como también la de las líneas maestras de la acción a emprender a raíz del desencadenamiento del proceso revolucionario. La actividad del partido es planteada a partir de este conocimiento histórico. El partido ha de preparar la revolución. Es decir, debe acelerar, por un lado, el proceso de maduración de las tendencias que conducen a la revolución (por su influencia en la línea de conducta del proletariado, así como en la de las otras capas oprimidas). Debe preparar, por otra parte, al proletariado tanto en el plano ideológico, como en el táctico, material y organizativo para la acción necesaria en una aguda situación revolucionaria. Con lo cual quedan situadas en una perspectiva nueva las cuestiones de organización interna del partido.

La situación revolucionaria no puede ser, por supuesto, un producto de la actividad del partido. Su tarea es prever el sentido de la evolución de las fuerzas económicas objetivas, prever, en fin, cuál habrá de ser la actitud de la clase obrera ante la situación así surgida. El partido debe preparar a las masas proletarias, de acuerdo con esta previsión, para el futuro, atendiendo -en la medida de lo posible- a sus intereses tanto en el plano espiritual como en el material y en el de la organización.

Los acontecimientos y situaciones que van sucediéndose son, de todos modos, fruto de las fuerzas económicas de la producción capitalista, fuerzas cuya influencia determinante acontece de manera ciega, parejamente a la de las leyes de la naturaleza. Pero tampoco de manera mecánica y fatalista. Porque ya hemos visto (en el ejemplo de la descomposición económica del feudalismo agrario ruso) cómo el propio proceso de disgregación económica es, sin duda, un producto necesario de la evolución capitalista, sin que por ello sus efectos en las clases sociales, es decir, los nuevos estratos sociales a que da lugar, se basen inequívocamente en el proceso mismo -aisladamente considerado- y resulten identificables a partir de él mismo. Dependen del entorno en el que van desarrollándose.

El destino de la sociedad entera, cuyos elementos forman este proceso, es, en última instancia, el factor determinante de su orientación. En este conjunto, sin embargo, las acciones de clase, ya sean elementales y espontáneas o dirigidas conscientemente, juegan un papel decisivo. Y cuanto mayor es

el trastorno de una sociedad, tanto más ha dejado de funcionar adecuadamente su estructura "normal", tanto más perturbado, está su equilibrio socioeconómico; en suma: cuanto más revolucionaria es una situación, tanto más determinante es su papel (el de dichas acciones de clase).

De ahí que la evolución general de la sociedad no discurra, en la era capitalista, de manera unívoca y rectilínea. De la acción combinada de estas fuerzas se desprenden más bien en el terreno de la totalidad social situaciones en las que puede cuajar una determinada tendencia, si la situación es justamente comprendida y consecuentemente aprovechada. Ahora bien, la evolución de las fuerzas económicas que en apariencia han llevado a esta situación de manera inexorable, si se deja escapar ésta o si no se extraen sus consecuencias, puede no seguir en modo alguno la línea anterior, tomando, por el contrario, un camino opuesto.

Únicamente cuando se conoce bien el contexto histórico en el que debe actuar el partido del proletariado puede ser adecuadamente comprendida su organización. Organización que descansa sobre las inmensas tareas -de universal dimensión histórica- que la época de decadencia del capitalismo impone al proletariado, sobre la inmensa responsabilidad histórica que dichas tareas imponen a la capa dirigente consciente del proletariado.

Como representante de los intereses globales del proletariado (y, en consecuencia, de los de todos los oprimidos, del futuro, en suma, de la humanidad), y a partir del conocimiento del conjunto de la sociedad, el partido debe unificar dentro de sí todas las contradicciones en las que se expresan estas tareas impuestas por el centro mismo de la sociedad considerada en su totalidad.

La severidad de sus exigencias en cuanto a los miembros del partido no es sino un medio de hacer consciente al proletariado entero (y, con él, a todas las capas oprimidas por el capitalismo) de sus verdaderos intereses, de todo cuanto realmente hay en la raíz de sus acciones inconscientes, de su pensamiento confuso y de sus poco definidos sentimientos.

Las masas, no obstante, únicamente adquieren conciencia de sus intereses en la acción, en la lucha. En una lucha cuyas raíces económicas y sociales están en perpetuo cambio, y en las que, en consecuencia, las condiciones y los medios de la lucha se transforman sin cesar. El partido dirigente del proletariado únicamente puede cumplir su misión yendo siempre un paso por delante de las masas que luchan, indicándoles así el camino.

Ahora bien, sin adelantarse nunca más de un paso por delante de ellos, con el fin de seguir siendo siempre el guía de su lucha. Su claridad teórica únicamente es, pues, valiosa cuando en lugar de limitarse a la simple perfección general, puramente teórica, de la teoría la hace culminar con el análisis concreto de la situación concreta, es decir, cuando la validez teórica sólo expresa el sentido de la situación concreta. De ahí que el partido deba tener, por un lado, la claridad teórica y la firmeza suficientes como para proseguir por el camino justo, a pesar de las fluctuaciones de las masas, e incluso corriendo a veces el riesgo de un aislamiento momentáneo. Pero, por otra parte, debe seguir siendo elástico y receptivo, con el fin de iluminar en todas las manifestaciones de las masas, por muy confusas que parezcan, aquellas posibilidades revolucionarias de las mismas -a cuyo conocimiento las masas no podían llegar por sí solas.

Semejante adecuación del partido a la vida de la totalidad es imposible sin la más severa disciplina. Si el partido no es capaz de adaptar instantáneamente su conocimiento a la situación, una situación en perpetuo cambio, se queda por detrás de los acontecimientos, de dirigente se convierte en dirigido, pierde el contacto con las masas y se desorganiza. De ahí que la organización haya de funcionar siempre con el mayor rigor y la mayor severidad, con el fin de transformar, cuando llega el momento, esta adaptación en hechos. Pero esto significa, al mismo tiempo, que esta exigencia de adaptabilidad o flexibilidad debe ser aplicada ininterrumpidamente a la organización misma. Una forma de organización que en algún caso determinado ha podido ser útil con vistas a ciertos fines, en otras condiciones de lucha puede convertirse en un verdadero obstáculo.

Porque en la esencia de la historia radica la producción constante de lo nuevo. Esta novedad no puede ser calculada siempre de antemano con la ayuda de alguna teoría infalible: ha de ser reconocida en la lucha, a partir de sus gérmenes, primero, siendo acto seguido aprendida a nivel consciente. La tarea del partido no es, en modo alguno, imponer a las masas un determinado tipo de comportamiento, elaborado por vías abstractas, sino aprender, por el contrario, incesantemente de la lucha y de los métodos de lucha de las masas. No obstante, también debe ser activo en su aprendizaje, preparando las siguientes acciones revolucionarias. Debe elevar a nivel de conciencia, vinculándolo a la totalidad de las luchas revolucionarias, aquello a lo que las masas han llegado de manera espontánea, en virtud de su instinto de clase; debe

explicar a las masas sus propias acciones, como dice Marx, y no sólo con el fin de asegurar así la continuidad de las experiencias revolucionarias del proletariado, sino para activar también conscientemente el desarrollo ulterior de dichas experiencias.

La organización debe integrarse como instrumento en el conjunto de estos conocimientos y de las acciones que de ellos se deducen. Si no lo hace así, será sobrepasada por la evolución de las cosas, una evolución a la que, en tal caso, no habría comprendido y, en consecuencia, no podría dominar. De ahí que todo dogmatismo en la teoría y toda rigidez en la organización sean funestos para el partido. Porque, como dice Lenin: "Toda forma nueva de lucha, unida a nuevos peligros y sacrificios, "desorganiza" inevitablemente todas aquellas organizaciones que no están preparadas para esta nueva forma de lucha". Recorrer esa vía necesaria, de manera libre y consciente, adaptándose y transformándose antes de que el peligro de la desorganización sea demasiado agudo, actuando sobre las masas en virtud de dicha transformación, formándolas e incitándolas es, en realidad, la tarea del partido, tarea que a él mismo le incumbe y con mayor motivo.

Porque táctica y organización no constituyen sino las dos vertientes de un todo indivisible. Únicamente actuando sobre las dos a un tiempo se pueden obtener resultados auténticos. Cuando se trata de obtener resultados hay que ser a la vez consecuente y elástico, ceñirse de manera inexorable a los principios y tener la mirada abierta a todo posible giro que impongan los días. En el dominio de la táctica y en el de la organización no hay nada que sea bueno o malo por sí mismo. Únicamente la relación con el todo, con el destino de la revolución proletaria, hace que un pensamiento, una determinada medida, etc., sean justos o errados. He ahí, a título de ejemplo, por qué Lenin -a raíz de la primera revolución rusa- combatió con idéntico rigor a quienes pretendían abandonar la ilegalidad, inútil y sectaria en apariencia, y a quienes, entregándose sin reservas a la misma, rechazaban cualquier posible forma de legalidad; he ahí por qué sentía igual tajante desdén ante la tesis favorable a una plena inserción en el parlamentarismo como a la antiparlamentaria por principio.

Lenin no solamente se mantuvo alejado de todo utopismo político, sino que jamás se hizo tampoco ilusión alguna sobre el material humano de su época. "Queremos -dice en los primeros años heroicos de la victoriosa revolución proletaria- edificar el socialismo con esos mismos hombres que han sido educados, podridos y corrompidos por el capitalismo, pero que, precisamente por eso, han sido templados por él para el combate."

Las enormes exigencias que la idea leninista de la organización impone a los revolucionarios profesionales no tienen en sí nada de utópico. Y, por supuesto, tampoco nada del carácter superficial de la vida cotidiana, de la facticidad inmediata que acompaña a lo empírico. La organización leninista es dialéctica en sí misma -o sea, no es únicamente el producto de la evolución histórica dialéctica, sino al mismo tiempo su impulso consciente- en la medida en que es a la vez producto y productora de sí misma.

Son los hombres quienes crean su partido; han de tener un alto grado de -conciencia de clase y de capacidad de entrega para querer y poder participar en la organización; pero únicamente llegan a ser verdaderos revolucionarios profesionales en la organización y por la organización.

No se trata de actuar en representación de la clase obrera, sino de una culminación de la actividad de la clase misma. El partido llamado a dirigir la revolución proletaria no se presenta como estando ya en disposición de asumir su función directiva: no es, sino que llega a ser. Y el proceso de interacción fructífero entre el partido y la clase se repite - por supuesto, transformado- en la relación existente entre el partido y sus miembros. Porque, como dice Marx en sus Tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y, por tanto, unos hombres diferentes han de ser producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida que las circunstancias son transformadas precisamente por el hombre, y que el educador mismo ha de ser también educado".

La concepción leninista del partido implica la más tajante ruptura con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo. No es sino la realización práctica de su más auténtica naturaleza y de su tendencia más profunda: "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo en diferentes formas; lo que importa ahora es transformarlo".